

# EL SILENCIO DEL PANTANO

*Juanjo Braulio*



1.ª edición: septiembre 2015

© Juanjo Braulio, 2015

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Esta edición c/o Agencia Literaria Susana Alfonso

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-5767-9

DL B 15897-2015

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.

Ctra. BV 2249 km 7,4

Polígono Torrentfondo

08791 Sant Llorenç d'Hortons

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Clara Sánchez García:  
por perder una mañana de sábado conmigo  
en la biblioteca que lo cambió todo.*

*Y para Yolanda:  
por tener tantas ganas de leer este libro.*



El crimen perfecto no existe. Creer lo contrario es un juego de salón y nada más. Claro que muchos asesinatos quedan sin esclarecer, pero eso es distinto.

Tom Ripley en *El amigo americano*,  
PATRICIA HIGHSMITH

¡Yo solo me bajo el pantalón para dar...  
para dar... para dar...!

JOSÉ MANUEL CASAÑ  
Seguridad Social



# 1

Se encendió el quinto Marlboro de la mañana y miró el reloj: las diez menos cuarto. Comprobó con desagrado que solo le quedaban dos cigarrillos en el interior de la cajetilla. Su mirada de adicto a la nicotina realizó una rápida inspección de la zona mientras repasaba mentalmente la hora y media larga que había pasado desde que llegó. No. No había visto fumar a nadie entre la docena de personas que andaban por allí, lo que significaba que tenía que racionar los pitillos que le quedaban, pues no podría pedir más. Y aunque el pueblo estaba a media hora escasa de camino, no tenía tiempo para acercarse a un bar a reponer el suministro de tabaco hasta que aquello estuviera terminado. Musitó una blasfemia y volvió a mirar el reloj: las nueve y cuarenta y seis. Y su señoría sin aparecer.

Los tres buzos ya tenían puestos los trajes de neopreno y esperaban sobre la pasarela de hormigón que cruzaba el río. Guardias jóvenes de espaldas anchas, cintura de abejorro, brazos como dos sacos de pelotas de tenis y culo respingón. Bajó la mirada y se concentró en dar una buena calada para borrar de su cara el cartel que creía tener en la frente y donde decía, en mayúsculas: «SOY DAVID GRAU;

BRIGADA DE LA UNIDAD CENTRAL OPERATIVA DE LA GUARDIA CIVIL Y, ADEMÁS, MARICA.» Envidiaba de esos chicos su cuerpo de gimnasio, pero no su tarea. El agua debía de estar helada. El sol de enero se asomaba flojo en aquel valle entre peñascos y no calentaba. Calculó que no debía de haber más de un metro de profundidad en aquel tramo del río, con lo que los buzos no se iban a dar más que un chapuzón de cintura para abajo. Aun así, se alegró por la parte que le tocaba de no pasar frío mientras esperaba a que llegara el juez de Lliria para ordenar el levantamiento del cadáver. Porque de eso no había duda alguna: dentro de aquel saco había un muerto. El bulto estaba empotrado en uno de los vanos de aquella pasarela. Una de las costuras había cedido y una mano pálida se recortaba contra el fondo pardo del lecho acuático, del todo visible a través de las aguas cristalinas del Túria. Y, a tenor de la envergadura del paquete, o dentro había mucho líquido o el muerto estaba muy gordo o muy hinchado. O ambas cosas. Ninguna de ellas iba a ser agradable de ver.

Le dio la última calada al cigarro y lo aplastó entre las piedras. Pensó en tirarlo, pero la belleza del entorno sacudió su conciencia cívica y ecológica. Guardó la colilla en la cajetilla con los dos que le quedaban y echó un vistazo a la escena del crimen. El paraje era bonito, sin duda. El río corría de este a oeste encajado entre dos montes donde crecían algarrobos y olivos en sus faldas, y afiladas rocas se levantaban sobre sus cimas. El puente era una plataforma de obra cuyos vanos eran tramos de tuberías de hormigón. No parecía hecho para durar, sino más bien un arreglo para facilitar el paseo de excursionistas y domingueros durante el buen tiempo. A su izquierda había una casa con tejado a dos aguas vallada y bien cuidada. En el jardín de la edifica-



ción se levantaban las estructuras de hierro y la maraña de cables de una subestación eléctrica de Iberdrola y, a pocos metros de ella, una enorme rampa de piedra desembocaba directamente en el río. El sargento de la Casa Cuartel de Gestalgar —el pueblo donde no podía ir a comprar tabaco hasta que terminara el procedimiento— le había dicho que aquella rampa era conocida como «el derramador» y que por allí se vertía el torrente que impulsaba aquella pequeña planta hidroeléctrica, aunque solo durante la primavera, cuando los barrancos desaguaban y se llenaba la balsa que estaba montaña arriba. A tres o cuatro metros sobre el cauce, a la izquierda, se veían los restos de muros de viviendas y, más allá, ruinas de arcos y columnas.

—¿Y aquello, sargento? —le preguntó al suboficial al mando del puesto mientras señalaba los esqueletos de ladrillos y mortero.

—La presa vieja, mi brigada —contestó el agente—. Se la llevó el agua durante la riada del 57, creo. Eso es lo que queda. En verano, los críos vienen aquí a lanzarse al agua desde ahí arriba y, de milagro, nunca ha pasado nada.

Tres metros largos separaban aquella plataforma de mampostería de la superficie del agua, en cuyo fondo se veían con nitidez rocas y restos de la antigua obra que el Túria había reventado hacía más de medio siglo. El muro de contención estaría, supuso, entre aquellas dos paredes de piedra que encerraban el río.

—¿Hay más profundidad allí?

—Sí. Dos metros o dos metros y medio —respondió el sargento—, pero luego hay mucho menos por todo el término excepto en algunos sitios. Ahí abajo —señaló hacia donde estaba el sol mientras se cubría el entrecejo con las manos para evitar deslumbrarse— están las compuertas del

canal que se lleva la mayor parte del agua y, por el resto del cauce, raro es el sitio donde cubre más allá del pecho.

—¿Y dice usted que ningún chaval se ha abierto la cabeza saltando desde ahí arriba?

—Hubo un caso hace muchos años, una cría que no era de aquí y estaba muy borracha. Esa explanada de ahí —indicó con la mano un campo bordeado de algarrobos— es uno de los sitios donde la gente viene a pasar el día de las paellas durante las fiestas de agosto. Y ese día la Virgen de la Peña María debe hacer muchas horas extras —bromeó el suboficial mientras señalaba la base del enorme peñasco que dominaba el valle—, porque los chavales se ponen hasta arriba de todo y después... a saltar.

—¿Hay una ermita ahí?

—¡No, no, qué va! Es una fuente sobre la que hay una imagen de la Virgen hecha de barro, bastante feúcha la pobre, y unos bancos de piedra que sirven de merendero. Le llaman la Peña María.

La roca era imponente. Sus buenos cuarenta metros de granito gris oscuro jaspeado de manchas verdosas de alia-gas y romeros que crecían pegados a sus paredes. Un espolón pétreo que sobresalía como un ariete de un barco descomunal hecho con pinos verdes. Aquella nave rompía un mar de cañas, zarzales y adelfas que, a sus pies, ocultaban las mesas de piedra que decía el sargento que estaban en su base. Desde la piedra donde estaba sentado podía ver el sendero que, a la derecha del otro lado del puente, llevaba al manantial.

Los *flashes* de las cámaras de los compañeros de la Científica y la del forense devolvieron su atención a la pasarela de hormigón. Al otro lado, bajaba por la pista forestal un Ford Focus gris plata. Miró el reloj de nuevo: las

diez menos cinco. «Ya era hora», pensó. A él le habían dado el aviso a las siete de la mañana y estaba allí una hora después, pero hubo que esperar a las ocho a que alguien cogiera el teléfono en el juzgado de Lliria, e incluso así, su señoría había necesitado casi dos horas para salir de su casa y salvar los veinticinco kilómetros escasos que separaban la sede del partido judicial de Gestalgar.

Cuando al abrirse la puerta del Focus vio salir a la juez Mónica Campos con tacones de palmo, vaqueros ajustados, chaquetón grueso con borde de piel en la capucha y bolso de Prada auténtico, necesitó encender otro Marlboro para esconder entre el humo la antipatía que le provocaba aquella señora. Seguro que había dejado a los niños en el colegio y asistido a misa antes de ir a cumplir con su obligación.

Con andar inseguro sobre el sendero de piedras, la juez Campos se acercó al bulto. Con un lacónico «buenos días», más dirigido al cuello de su camisa que a los miembros del operativo, empezó a preguntar.

—¿Quién lo ha descubierto?

—El encargado de mantenimiento de Iberdrola de esa subestación de ahí arriba —dijo el sargento del puesto—, que viene una vez al mes por aquí a comprobar que todo está en orden. Dice que le ha llamado la atención el bulto y, al acercarse, ha visto la mano, señoría.

—¿La Científica ha hecho ya las fotos que necesita?

—Sí, su señoría —le dijo Grau mientras tiraba, esta vez río abajo, la colilla de su penúltimo cigarro—, cuando usted diga procedemos a sacarlo.

—Procedan pues, brigada.

Los chicos del neopreno saltaron al agua y empezaron a manipular el bulto entre muecas de frío y esfuerzo. Pesa-

ba mucho. El sargento y los dos números del puesto de Gestalgar les ayudaron desde arriba. El agua chorreaba por todas partes y la juez Campos daba cortos pasos hacia atrás para evitar que se le mancharan los tacones.

El saco parecía de cuero o de un sucedáneo sintético con la misma textura. No era posible diferenciar la apertura, porque estaba cosido con idéntica fábrica por arriba y por abajo. Un guardia le mostró a la juez una navaja mientras señalaba la costura rota por donde aparecía la mano y la magistrada asintió con la cabeza mientras se tapaba la boca con la bufanda que se anudaba al cuello. El agente cortó con pericia los puntos y descubrió el contenido. Calculó, a ojo, más de cuatro metros cuadrados de tejido o de lo que fuera aquello. Casi un edredón de matrimonio. La juez no pudo reprimir un leve chillido y sobre el rumor del río se escucharon unos cuantos juramentos.

Sobre aquel mantel mojado de color oscuro estaba el cadáver completamente desnudo de un hombre, salvo por unos rudimentarios zuecos de madera bien anudados a sus pantorrillas. Tenía la espalda destrozada por finas laceraciones, hechas, sin duda, con una vara o un sarmiento. Todo el cuerpo y la cara estaban llenos de arañazos y contusiones. Los que le habían provocado en su miedo y desesperación el perro, el gallo, el mono y la serpiente que estaban dentro del saco con él.

El reloj del campanario de la iglesia que se recortaba al fondo del valle, hacia donde aquel sol tibio se levantaba, dio las diez. El brigada David Grau se encendió su último Marlboro. Era el séptimo de aquella mañana.



Archivo > Guardar como > 01.doc. La pantalla de su ordenador le brinda el destello cómplice de la tarea del día terminada. Está contento. 1.700 palabras y pico en dos horas de trabajo y aquello parece bueno. Una vez guardado lo vuelve a leer y corrige un par de palabras repetidas en párrafos demasiado próximos. Se queda un buen rato pensando en la descripción del saco desplegado como «casi un edredón de matrimonio». No le termina de convencer, pero como no se le ocurre nada mejor, lo marca en amarillo chillón con la herramienta correspondiente de su procesador de textos y lo deja para la lectura del día siguiente. Siempre relee todo lo que ha escrito antes de continuar y, por eso, cada vez que empieza un libro avanza muy deprisa al principio, pero el final se eterniza. Sus colegas del oficio de escribir siempre se quejan de lo mucho que les cuesta corregir. A él, sin embargo, nada en absoluto, porque todo el proceso de escritura es una continua corrección. Le ha costado un poco iniciar la que será la tercera entrega de las aventuras de David Grau, su brigada homosexual de la Guardia Civil: un cóctel imaginario donde ha mezclado la perspicacia de Sherlock Holmes con el aroma patrio de otro brigada literario de la Benemérita, el Rubén Bevilacqua de Lorenzo Silva, unos toques de la pluma (esta, no literaria) de Elton John, unas gotas del carácter perdedor de Pepe Carvalho y todo ello bajo el físico poco agraciado del padre Brown de Chesterton. El resultado gustó a una editorial primero y al público después. Y lo ha hecho de manera que le ha permitido dejar el periodismo. Sin embargo, la gestación del tercer libro se le había atragantado. Y el dinero se acababa.

Nunca ha tenido que enfrentarse a un folio en blanco, pues es de la generación de periodistas que jamás aporrea-

ron las teclas de una máquina de escribir. Su página en blanco siempre ha estado retroiluminada. El bloqueo creativo —en su caso— toma la forma de un cursor que parpadea en la pantalla de un ordenador: página 1 de 1, párrafo 1 de 1, palabras 0 de 0. A pesar de que ha vivido —y vive— de escribir, para recordar sus enfrentamientos con un papel virgen ha de remontarse a los exámenes de sus años universitarios.

Cuando entró por primera vez en una redacción, hace más de dos décadas, aún quedaban un par de viejos redactores ya jubilados que, alguna tarde, se pasaban por el periódico para escribir alguna crónica intrascendente, un suelto que no interesaba a nadie o una columna de opinión que no opinaba sobre nada. En el periódico, entre los ordenadores, había un par de máquinas de escribir sobre mesas Involca solo para ellos. Aquellos periodistas de tabaco negro y madrugadas blancas machacaban los duros teclados con los dos dedos índices, porque jamás habían aprendido mecanografía y dejaban sus textos en papel pautado en una de las bandejas de plástico de la mesa de un redactor-jefe. De vez en cuando, el subdirector recordaba que aquellos ancianos habían sido sus maestros en el oficio y, por lástima, algunos de aquellos folios eran entregados a becarios para que los copiaran en el ordenador y fueran publicados al día siguiente. Cuando pasaba esto, el remedio era peor que la enfermedad: los veteranos reporteros volvían el mismo día que veían su trabajo impreso y escribían más hojas de papel pautado al pensar que aún eran capaces de encontrar exclusivas, lucirse con el lenguaje o componer un artículo de opinión que hiciera hervir los teléfonos al día siguiente. Ninguna de las tres cosas, como era lógico, sucedía y el papel pautado volvía a acumularse en las bandejas

de plástico hasta el próximo ataque de lástima del subdirector.

Echa de menos, de vez en cuando, sus tiempos de periodista. Pero sabe que esa añoranza es más bien un placer intelectual que una necesidad real. Jamás, mientras pueda, volverá a vivir sin horario por un sueldo de miseria. A sus amigos siempre les dice que el periodismo es un buen camino que lleva a muchos sitios si se sabe dejar a tiempo y aunque en alguna ocasión le entra la angustia por aquello de no tener una nómina fija cada mes, se tranquiliza al ver como sus dos primeros libros aún funcionan bien; como sus viejos amigos de los medios le promocionan las novelas y así se venden mejor; como la editorial le dio un anticipo por la tercera sin casi negociar y como su agente le dice que hay muchas posibilidades de que las aventuras de David Grau se conviertan en una serie de televisión, rodada en la Ciudad de la Luz y con el apoyo de la Generalitat Valenciana. No obstante, cada nueva historia de su peculiar detective gay le deja exhausto, ya que cada vez le cuesta más romper el bloqueo del cursor que parpadea con impaciencia en la pantalla del ordenador. Y el remedio para que la creatividad brote de nuevo es peligroso. Muy peligroso.

Siempre ha sido así. Su primera novela, *Cuando la espuma del mar se tiñe de rojo*, fue la presentación de David Grau. En aquella primera aventura, el gordito brigada de la Guardia Civil resolvió dos asesinatos que se habían registrado en las playas de Xeraco —al norte de Gandía— en plena temporada turística. Dos padres de familia de cuarenta y pocos años, exitosos profesionales (uno abogado y otro directivo de una gran empresa alimenticia), socios del club náutico y del club de tenis, coches grandes, gimnasios caros y apartamento en primera línea pagado al contado,

habían aparecido muertos entre los cañaverales que separan los términos municipales de Gandía y Xeraco. Ambos estaban desnudos, amarrados a un poste de madera bien clavado en el suelo y con señales de haber padecido una tortura atroz antes de haber sido estrangulados mediante el uso de un garrote vil rudimentario. La investigación de Grau le llevó a una complicada trama donde se mezclaban amores prohibidos homosexuales, intereses urbanísticos, corrupción política y trata de blancas en la atmósfera amable del Mediterráneo. De hecho, los críticos destacaron de la novela que había conseguido pintar un horror casi gótico en un escenario poco favorable a este tipo de historias como una de las playas más concurridas de España. En aquel primer libro ya dibujó los elementos esenciales de las aventuras de David Grau: desde la juez Mónica Campos —antipática funcionaria católica y muy de derechas que odia a Grau por lo que es y que le hace la vida imposible siempre que puede— hasta Víctor Manceñido, el superior del brigada en el equipo de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil en la Comunidad Valenciana. Y, sobre todo, a Mentor, un híbrido entre el profesor Moriarty y Hannibal Lecter, cuyo nombre real no ha desvelado aún, y que es el autor intelectual —que no material— de los homicidios que resuelve Grau. La verdadera identidad de Mentor y su enfrentamiento final con Grau son cartas que se guarda para cuando los editores le digan que la serie ya no da más de sí.

Su segunda novela tuvo incluso más éxito que la primera, porque se atrevió —y le salió bien— a ponerle un poco de falso terror sobrenatural, aunque sin pasarse. Con *El trueno que nadie escuchó* puso a David Grau en medio del mundo de las Fallas, la fiesta grande de Valencia, donde



el afán por aparentar en una complicada red de relaciones de poder, favores poco confesables, satanismo, pedofilia y —de nuevo— corrupción política acababa con el asesinato de la mismísima fallera mayor infantil de Valencia mientras asistía a la última *masclètà* de las Fallas del año 2001. En aquel caso sabía lo que hacía. No escatimó críticas hacia los aspectos más horteros del mundo fallero y la polémica correspondiente con el colectivo organizador de la fiesta le sirvió para vender más libros. El truco era viejo, pero aún funcionaba.

La tercera novela está recién nacida: es un bebé de poco más de 1.700 palabras bastante prometedor que todavía no tiene nombre, aunque sabe que será, como los trabajos de Stieg Larsson y sus dos obras anteriores, largo y raro por aquello de mantener la marca de la casa y, además, están de moda esa clase de títulos. Se considera más lector que escritor, así que —tal y como le había dicho una vez la escritora gallega afincada en Valencia Susana Fortes— la principal diferencia entre él —como autor— y sus lectores es que él es el primero en descubrir la historia conforme la va escribiendo. Así, confecciona sus novelas plantando una semilla y regándola a teclazos de ordenador durante cuatro o cinco horas al día. Pero los cultivos, además de agua, necesitan fertilizante. Y aquí es donde entra la parte peligrosa del asunto.

Vuelve a leer el texto del que, cree, será el primer capítulo. Hace bailar el puntero del ratón unos segundos sobre la frase destacada en amarillo que dice: «casi un edredón de matrimonio». Sigue sin gustarle, si bien no quiere perder más tiempo con ella. Cierra el archivo y apaga el ordenador. Con los beneficios de la primera novela pagó la nave industrial en pleno barrio del Cabañal, a dos pasos del

mar, donde vive. Cuando la compró era un almacén de chatarra que todavía conservaba el olor sódico de su primera función como fábrica de salazones. Ahora, su actual aspecto de *loft* neoyorquino salió de las ganancias de la segunda. Baja las escaleras metálicas del altillo donde escribe, junto a la ventana redonda que mira a la playa de La Malvarrosa y abre el armario metálico a prueba de robo que está junto a la puerta que da a la calle.

Todo está empaquetado en bolsas de plástico. Se pone unos guantes de látex antes de tocar nada. Ropa de algodón azul marino, comprada seis meses antes en el Decathlon de Perpiñán. El tejido más común del mundo, imposible de rastrear mediante el análisis de fibras que hace la Policía Científica. Tiene de todo: pantalones, calcetines, sudadera, guantes, gorro y braga para el cuello. Se viste sin quitarse los guantes de látex y se calza con unas zapatillas oscuras también compradas en Francia. Se abriga con un plumífero adquirido en el mismo establecimiento y una mochila nueva también enfundada en su correspondiente bolsa. Todo será quemado después. No se puede correr ningún riesgo. Más de quince años escribiendo sucesos para el periódico le han dado las claves para saber qué es lo que mira la Policía y qué es lo que no. Dentro de la mochila va la pistola X3 Taser de 50.000 voltios en vacío, pero regulada para soltar una descarga de 400 en cuanto los dos electrodos se hincan en el objetivo. El calambrazo es suficiente para tumbar a un hombre de noventa kilos de peso. También va un rollo de cinta americana plateada comprado, junto a los otros diez que había en la caja, en un LeRoy Merlin de Portugal, así como varias abrazaderas de plástico que se llevó del mismo sitio y que le servirán de esposas.

Sale al exterior. La furgoneta Mercedes Benz Vito está

aparcada a más de dos kilómetros de su casa, cerca de la Ciudad de las Artes y las Ciencias. La alquiló en el aeropuerto de Madrid hace tres días y la dejó allí. Camina sin demasiada prisa mientras repasa el plan en su cabeza. En media hora está a bordo del vehículo. Listo para empezar la caza.

Lo ha estado siguiendo durante meses oculto tras su casco y a bordo de su Yamaha Drag Star de 1.200 centímetros cúbicos. Su presa es de costumbres fijas. Los miércoles, tras acabar las clases, tiene hora reservada en una de las pistas de pádel del Campus de Tarongers de la Universidad de Valencia para desfogarse un poco con otros tres colegas, todos ellos también profesores de la Facultad de Económicas. Sobre las nueve se acaba el partido y entre la ducha, la cena ligera en un bar cercano y la charla, se harán, sin duda, las once u once y media. Aguarda en el interior de la furgoneta a que se despida en el parking de sus colegas y lo sigue con la mirada mientras se dirige a su coche. «La verdadera Transición fue averiguar cómo pasar de la chaqueta de pana y el Seiscientos al traje a medida y el Audi A8», piensa. Los cuatro coches enfilan la salida del aparcamiento. Si su presa no es la última en abandonar la zona de estacionamiento, abortará la operación. Ya lo hizo hace quince días. No hay que correr ningún riesgo y esta es la parte más difícil. Esta vez tiene suerte. El A8 está más alejado de la puerta de salida y los otros tres coches se han ido. Acerca la furgoneta hasta la puerta de modo que nadie puede salir. Baja con toda tranquilidad mientras le hace señas. La Taser está en el bolsillo derecho del anorak. Su presa recela un poco —lo percibe en su mirada—, pero él sonríe mientras levanta el índice de su mano derecha al tiempo que le avisa de que quiere hacerle una pregunta. Su víctima baja la ventanilla:

—Perdone, ¿para salir hacia Barcelona es por ahí? —le inquiere mientras señala justo en dirección contraria.

—No, no. Tienes que salir hacia la derecha, ir hasta la rotonda que está al final de toda esta avenida y volver en el otro sentido. Después, en la rotonda del mirador, otra vez hacia la derecha y ya estás encarado para la autopista.

—¡Muchas gracias!

El catedrático de Economía Aplicada ni siquiera se da cuenta de que la Taser ha salido del bolsillo derecho del anorak. Los electrodos salen disparados e impactan uno en el cuello y otro en el hombro. A treinta centímetros de distancia es imposible fallar. El pobre hombre queda inconsciente sobre el interior de cuero *Full Equip* de su Audi A8 después de tragarse 2,1 amperios de corriente eléctrica. Ahora hay que correr. Abre la puerta del coche y arrastra el cuerpo hacia la puerta trasera de la furgoneta. Estará sin conocimiento, como máximo, durante un cuarto de hora. Hay que darse prisa. Las dos horas diarias de gimnasio hacen su función y, en menos de dos minutos, la víctima está en el interior del vehículo. Luego se mete dentro del Audi y, sin acelerones ni frenazos, lo estaciona en un extremo del aparcamiento universitario. Cierra el coche del catedrático y se vuelve a su vehículo.

Ya sentado al volante lo escucha. Hacía tiempo que no le pasaba, pero ahora lo percibe con total nitidez y recibe la sensación auditiva como si fuera una vieja amiga. La adrenalina que recorre su cuerpo le brinda, además, la agudeza necesaria para oírlo. Ahí está: por encima del ruido del escaso tráfico nocturno se impone la voz muda del pantano. Es un silencio que solo percibe en momentos en los que —como ahora— está totalmente lúcido y la canción sin letra ni música de la ciénaga sobre la que está construida

la ciudad resuena en sus tímpanos con sus compases blancos y su melodía invisible. El recital dura un par de segundos. No hace falta más.

Cuando el silencio desaparece de sus oídos vuelve a ser dueño de su mente. Hay que llegar a un sitio más tranquilo en seguida, pero sin que nadie note que tiene prisa. Lo tiene elegido desde hace tiempo. Al final de la playa de La Malvarrosa, junto a la compuerta de la acequia de Vera, hay un campo de naranjos abandonado desde hace años donde un miércoles por la noche hay tanta gente como en el desierto del Gobi. Meterá la furgoneta y terminará el trabajo. Allí, Ferran Carretero, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Valencia, tres veces *conseller* de la Generalitat Valenciana en las carteras de Industria, Hacienda y Sanidad; exdiputado nacional y uno de los referentes de su partido político será mejor inmovilizado y sedado antes de ser trasladado a la casa de seguridad donde él podrá documentar, para la tercera novela de David Grau, los efectos que produce un sarmiento descargado exactamente cuarenta veces sobre la espalda de un hombre de mediana edad y cuánto tarda en ahogarse dentro de un saco de cuero. Lo del gallo, el perro, la serpiente y el mono se lo inventará. En definitiva, se trata de escribir una novela.